

La rapiña de los hechos

RODOLFO MARCOS TURNBULL

El ya imprescindible Roberto Calasso, en *La ruina de Kasch*¹, nos recuerda que "para cualquier soberanía, el punto peligroso es su origen". No se requiere de mucha perspicacia para pensar que la pertinaz disputa por el poder en México (que en eso se ha convertido lo que alguna vez fue el arte de gobernar) se ha reducido, por parte del presidente Ernesto Zedillo, a renegar de su origen y, por parte del expresidente Carlos Salinas, a recordarlo.

Desde que regresó de Yale y, según parece, precisamente por haber estado ahí, Zedillo ligó su carrera política (¿moral?) con el grupo salinista, cuyo reclutador principal aparentemente era el aún representante de México ante el BID, José Córdoba Montoya. La ascensión de Zedillo en la escala del poder fue rápida y pronto se encontró cerca tanto de del propio Córdoba como de Salinas, junto con otros conspicuos miembros del "equipo": Pedro Aspe, Jaime Serra, Guillermo Ortiz, Manuel Camacho, etcétera. Todos en algún momento miembros o exmiembros de gabinete y con un objetivo que, por revelación de uno de ellos —el secretario José Angel Gurría— era claro en cuanto a su alcance: perpetuarse en el poder por lo menos unos veinte años más después de Salinas. Zedillo fue, durante seis años, secretario de Estado de éste, y aunque la obiedad del recuerdo lo hace aparecer superfluo, me parece oportuno traerlo a colación por la manera en que ambos intentan encontrar su propio lugar público. Las formas en que uno y otro están utilizando los recursos a su disposición confirman que mentor y pupilo se guían con brújulas, si no iguales, por lo menos parecidas.

Utilizando lo que, según parece, sería su posición como miembro del Board of directors del Dow Jones, propietaria del *Wall Street Journal*, Carlos Salinas concedió hace unas semanas una "entrevista" a ese diario que fue reproducida en México por algunos matutinos. En ella hay una clara intención de presentarnos a un Salinas de Gortari dedicado a ofrecernos una nueva imagen "humanizada" (misma que, parece, muestra un primer anticipo por el lugar y compañía elegidos durante la escandalosa y reivindicadora huelga de hambre). Ahora Salinas maneja su auto y su computadora, contesta su propio teléfono, etcétera. Qué difícil y, al tiempo, qué penoso ha de ser para alguien verse, de la noche a la mañana, perteneciendo a una especie que para obtener lo que quiere tiene que hacer sus propias cosas. Una de las desgracias de los expresidentes de México es que su absoluto poder sólo les duró seis años que se pasan como agua. Que lo digan, si no, todos los que nos quedan. Mire que — habráse visto! — un expresidente de México teniendo que manejar su propio auto.

La entrevista contiene, por encima del intento de promoción de la imagen salinista, lo que se supone es una severa admonición a Zedillo: "Mis enemigos", le advierte un tanto amenazante, "son tus enemigos". En el fondo se trata de una redistribución de alianzas: Salinas y Zedillo, de acuerdo a aquél, están del mismo lado, lo que, esencialmente, es verdad por varios motivos: la trayectoria política de Zedillo, como ya vimos, ha dependido —hasta su llegada a la misma presidencia— de Salinas; en segundo lugar, los una su mutua relación con Córdoba que, no hace falta decirlo, funcionó a la manera en que su amigo Jacques Attali lo hizo un tiempo con Françoise Mitterand, esto es, como una especie de primer ministro tras bambalinas; en tercer lugar, ambos comparten el mismo proyecto económico y, dada la manera en que han hecho depender la política de aquél, comparten, entonces, el mismo proyecto político: control de las fuerzas políticas soportado en un discurso de supuesta apertura democrática (que se apoya principalmente en la "legalidad" del voto obtenido el 21 de agosto); cierta tolerancia para los grupos políticos afines aunque disidentes (PAN) y control estricto de los otros dos poderes: se pueden otorgar gubernaturas a la oposición pero jamás el control de las cámaras (ya sabemos que el poder judicial, por su parte, depende, de facto, del ejecutivo²). Y *las but not least*, desde el punto de vista moral, el tipo de respuestas que Zedillo ha revelado no difieren mucho de las que Salinas, tanto como presidente como ciudadano, manifestó y manifiesta hasta la fecha. Como ejemplo, baste recordar la campaña, muy sucia, que orquestó el gobierno federal contra la CONAI y particularmente contra el obispo Samuel Ruiz, por su supuesta participación en el asunto de los indios "acarreados" al inicio de las pláticas de paz entre el gobierno y el EZLN.

Pero lo que nos muestra en toda su magnitud el alcance moral de Zedillo (y lo que, entonces, podemos esperar los ciudadanos y el país entero como el actual estilo personal de gobernar) es la respuesta que por vía de algunos medios de comunicación —concretamente el periódico *Reforma*— dio a la mencionada entrevista de Salinas. El diario reprodujo un fragmento de un artículo publicado en la revista norteamericana *Forbes* (que a su vez reprodujo una página del periódico *Excelsior*) titulado "Hermanos de sangre", en el que se "recuerda" el terrorífico *pasaje al acto* de los hermanos Salinas de Gortari y otro amigo, hace poco más de cuarenta años, y que terminó en un baño de sangre cuando los niños, jugando, mataron a una empleada doméstica de doce años.

Lo verdaderamente lamentable y temible de la respuesta presidencial es que se haya utilizado lo que es —aún para los espíritus más simples— un problema de orden psíquico de los hermanos Salinas para desautorizar política y moralmente a los personajes políticos en que se convirtieron Carlos y Raúl Salinas. No me parece que la maniobra sea un ejemplo de bien actuar y el que se quiera sacar provecho de una tragedia (que amerita, por cierto, un estudio intelectualmente honesto, el cual parece que sería bastante difícil realizar, toda vez que en otro acto de autoritarismo —supongo que a cargo de Salinas— los diarios de la época han "desaparecido" de las hemerotecas) no parece tener otro fin que, de nuevo, pintar la raya. Sin embargo, el nivel de estulticia política demostrada al querer exhibir a Carlos y Raúl como pequeños criminales, es de una bajeza lamentable. Si hay locura, está en quien orquestó la publicación. No se necesita la exhibición de la intimidación para poder juzgar la conducta política y la moral pública de Salinas. Además se acude a un expediente fácil y falso: suscribir aquello de que "infancia es destino": si es así bastaría, entonces, con un recuento de los hechos infantiles, conscientes o inconscientes, para saber, de antemano, los resultados. De esta manera se suscribe, ignorando de qué se trata, por ejemplo la teoría de la causalidad psíquica: todo tiene una "causa" y si se encuentra ésta, se llega al "padeamiento". Es también utilizar la más ramplona psicología (digna más bien de *Eres, Vanidades, o Buenhogar*) para llevar agua al molino de... ¿quién?

Si las cosas son así de fáciles propongo, entonces, que hagamos un nuevo Diccionario del Gobierno (una especie de Biografías del Poder anticipatorias) en el que se consignarían los "hechos" de la vida precoz de todos aquellos con posibilidades de llegar a las altas esferas (digamos nivel jefe de departamento para arriba). El diccionario serviría de guía para predecir el futuro desempeño político del biografiado y también para ir delineando la carrera. Habría que consignar, desde luego, las alianzas aun las más tempranas (el siempre fiel y útil "compañero de banca"), así como también las "chaquetas": uno nunca sabe lo que un viejo amigo sería capaz de hacer después. De esta manera se irían determinando los "grupos" (para evitar que, como el de Atlacomulco, sean considerados por sus integrantes como producto de las fiebres imaginarias de periodistas y analistas).

Los problemas a resolver para los biografiados serían, entonces, nada más dos: portarse bien en la infancia, adolescencia y primera adultez, y tener cuidado con quién relacionarse. Con eso se podría garantizar (de acuerdo a la lógica vigente) un buen gobierno futuro. Sin embargo, no todo estaría aún resuelto; se podría llegar, como ahora le sucede a Zedillo, a un dilema: cumplir sólo con uno de los requisitos, por ejemplo, el primero. Ni duda cabe de lo ejemplar que es la biografía del presidente, podría con pleno derecho formar parte del elenco de aquel viejo *comic* "Vidas ejemplares" o del no menos ejemplar "Vidas ilustres". Pero no estoy seguro de que cumple con el segundo: sus amistades y alianzas son peligrosas. Incluyen, en primerísimo lugar, a Carlos Salinas de Gortari y a José Córdoba. Y, por ahí, ha de andar otro del que preferiría no acordarse. Aunque prometió un gabinete de "gente decente" (*whatever that means!*) no puede tan fácilmente desconocer(se) el sistema: alianzas, grupos, corporativismo, cuotas reales de poder, etcétera, al que se debe. De esto está llena, aunque se pretenda lo contrario, tanto la biografía de Zedillo como la de Salinas o las de los que componen el círculo de poder.

La tragedia de los Salinas, la tragedia que consiste en ser actor en la pérdida de la vida de una niña de doce años sin que además, parece, haya habido un intento por saber lo que pasó, es puesta ahora al servicio de los intereses más oscuros de los que en estos momentos ostentan ese poder omnímodo.

Se puede perfectamente aplicar a nuestros tiempos lo que refiere el mismo Calasso de la política europea seguida por Metternich en la corte de Napoleón: "...todo el arte de la política consistía ahora en el sobrevivir a la rapiña de los hechos". Si los actos de Salinas como político han sido muy dudosos, los de Zedillo no se quedan atrás. ¿Dónde queda el reclamo de Zedillo a los otros candidatos durante el debate presidencial de no lucrar con la tragedia de la familia Colosio? ¿Se trata de aplicar dos varas? Si esta clase de respuestas éticas hemos de esperar de los gobernantes como propuesta de "decencia", no veo cómo México pueda, con este sistema que permite no

dar cuenta del ejercicio del poder, salir adelante y transformarse en una sociedad auténticamente moderna.

Tiene razón Salinas en advertir a Zedillo: sus enemigos son los mismos; son ellos mismos, los Muñoz Rocha, los Ruiz Massieu y tantos y tantos otros escondidos al amparo de la alianza: sin embargo ya le llegará al presidente su momento en el que alguno, más poderoso que él, rapiñe sus desgracias personales.

1. Roberto Calasso, *La ruina de Kasch*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1989.

2. Un doble *lapsus* revelador de cómo en el terreno de los actos la cosa sigue estando igual corrió a cargo del secretario de Agricultura, Francisco Labastida Ochoa, quien en una entrevista a un noticiero radiofónico matutino, señaló que la *única* opinión que contaba en relación al problema de la sequía en los estados del noreste era la de la cabeza del ejecutivo. Como se dio cuenta de lo que acababa de decir, se corrigió diciendo que entonces la *decisión* que contaba para solucionar el problema era la del presidente.